

GUADALUPE

SANTUARIO DE LA MEDIACION UNIVERSAL DE MARIA

La mediación de la Virgen en el Vaticano II

I

UNA terminología, lírica y mayestática, ha definido con claridad y amplia visión histórica, el Templo y Monasterio de Guadalupe, como «santuario de reyes y rey de santuarios», en donde se guarda y venera la «Perla de la Hispanidad», la más graciosa Flor de Extremadura, la Virgen milagrosa y morena de las Villuercas, con su «faz tostada por los soles de la gracia y del Imperio».

La historia mística y guerrera de Castilla, que campea desde la segunda mitad del siglo XIV y a lo largo de la siguiente centuria. El esplendor magnífico de nuestros siglos dorados, con su amplia misión ecuménica y teológica. Aquel afán expansivo de los descubrimientos y conquista del Nuevo Mundo, tan penetrado de urgente tarea evangelizadora de pueblo escogido, están como metidos entre los muros sagrados de este famoso Monasterio.

Ya, desde el reinado de Alfonso XI el del Salado, el Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, va señalando los movimientos oscilatorios de nuestra sin par Historia: El florecimiento de tan celebrado Santuario está estrechamente vinculado a las inmarcesibles glorias, conquistas y realizaciones prodigiosas de España. Así como su decadencia coincide con las desventuras nacionales.

Lo cierto es que, Guadalupe, en sus mejores tiempos, ha sido el lugar predilecto de cita de los monarcas más poderosos de la tierra; la casa solariega de los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo; el altar mayor en donde se postraron, a los pies de tan celestial Señora, los caudillos y los capitanes más valerosos que llenaron el planeta con la fama de sus hazañas inmortales; el centro vital de la diplomacia, cuando España era universo y andaba empeñada en conquistas

prodigiosas; el recinto sagrado, de oración y penitencia, de generaciones innumerables, de santos y devotos peregrinos.

En Guadalupe se admira el museo más suntuoso de obras de arte, y el relicario inmenso de joyas; Guadalupe fue el Monasterio poseedor de más copiosas riquezas; el centro más adelantado de obras sociales y benéficas; seguro acogimiento de los pobres, en cien leguas a la redonda; la academia del más alto saber; el Santuario de la Virgen, en donde se cuentan los milagros más portentosos como en ningún otro de la Cristiandad; el cielo limpio y azulado, en el que, día y noche, ardian multitud de lámparas votivas ante la imagen venerada, como una espléndida constelación de estrellas en torno al más resplandeciente Lucero de la mañana...

Guadalupe, cima y trono de la Madre de Dios, es una de las estaciones más celebradas de la Reina del Cielo en la tierra, al decir del P. Sigüenza, bibliotecario de El Escorial, amigo y consejero de Felipe II.

«Mi Cielo y mi Paraíso», le llamaba la Reina Isabel. En Guadalupe se llevaron a cabo los primeros atisbos de la unidad nacional. Y a Guadalupe llegaron los Reyes Católicos y los Príncipes, tras la conquista de Granada, a dar gracias a Santa María, «Capitana contra el moro», por tan singular triunfo.

En este «Paraíso» de la Reina Católica firmaron, Isabel y Fernando, las providencias reales, ordenando a Juan de Peñalosa la entrega a Colón de las tres carabelas para la empresa más alta de los siglos.

Y Guadalupe, aparte de ser la rosada aurora espiritual del Nuevo Mundo, es también la alabastrina «pila bautismal de América». Porque en su templo maravilloso recibieron las aguas lustrales del primer sacramento, dos indios que Colón trajera de las tierras descubiertas.

¡Bizarro, atalaya de dos mundos, el bello camarín de la Virgen de Guadalupe!

II

Pero, sería minimizar demasiado, la magnitud de este Santuario mariano, si en preferente lugar contemplamos los hechos y acontecimientos históricos, por brillantes que fueren y se orilla y omite la fuente que los había originado en la canción gozosa de los siglos.

Guadalupe, como los demás santuarios de esta índole, representa el misterio de Cristo, donde se revela al mundo por la mediación de María.

Toda la grandeza y esplendor de tan insignes templos, como el Pilar y Covadonga, este nuestro de las Villuercas, Montserrat y los milla-

res y millares de que aparece sembrado el solar hispano, y más allá de las fronteras, y los modernos: Lourdes, Fátima..., señalan la sacudida espiritual de la voluntad de Dios que quiere reinar en las almas y los corazones, por medio de la Virgen.

De este modo, hay que ver tras la imagen de María y bajo sus numerosas advocaciones, a Jesús que vive y nos habla por medio de esta Reina. Hay que adivinar el poder inmenso de Dios por la intercesión de la Virgen bendita.

Los milagros, tanto de cura de enfermedades, concesión de gracias y prodigiosas conversiones, son el sello celeste de la omnipotencia de Dios que llega hasta nosotros por la mediación de María: Siempre, Dios quiere comunicarse con los hombres por la intercesión de su Madre.

Urge que la humanidad doliente, de nuestros días, sepa que la gracia, la misericordia, el perdón, penden de la mano de su propia Madre, la Virgen María. Porque Jesús todo lo otorga por Ella; María es la Abogada que reconcilia al hombre con Jesús. Ciertamente que el mundo no hallará salvación más que por Jesús; pero a Jesús se llega por la senda primorosa de María. Y es que, si María, como Madre de Dios, todo lo puede, como Madre de los hombres, todo lo bueno lo quiere para nosotros. Digamos que, en el Concilio Vaticano II, uno de los privilegios marianos que han salido más robustecidos, es el de la mediación de la «Llena de Gracias».

En Guadalupe hay que saber sentir el viento sobrenatural del Espíritu de Dios, que sopla de lo alto y la misteriosa eficacia de la Mediación de María, para comprender las grandezas que palpitan, a lo largo y a lo ancho de su colosal historia.

Hay que llegar ahora, al santuario guadalupano, en romerías y caravanas de peregrinaciones, movilizadas por la esperanza y atraídas por el dulce imán de la Señora, buscando la asistencia divina en los pliegues entrañables de su Corazón Inmaculado, bálsamo curativo de nuestras angustias y necesidades. La Virgen, en su alta calidad de Mediadora universal de todas las gracias que bajan del cielo a la tierra, afirma nuestras súplicas ante el trono de Jesús, ruega, impetra por nosotros, hasta alcanzar las mercedes y condescendencias a nuestro favor.

Así es como pudo exclamar San Bernardo: Que la Virgen es nuestra Mediador acerca del Mediador principal, Cristo Jesús.

Apremia, en estas horas difíciles, renovar las viejas esencias de nuestra devoción a la Virgen de Guadalupe, no el gran día de su hermosa fiesta, de arrebatado fervor. Pero sí a lo largo de cada año, llegando hasta las cercanías resplandecientes de tan milagrosa Imagen, en solici-

tud de afanes santificadores de concesión de gracias y dones, bajo la mirada benigna de esta augusta y celestial Patrona de Extremadura y Reina de las Españas.

TRUJILLO, MONUMENTAL E HISTÓRICO

«Casa de Santiago»

El nombre de Santiago, intrépido amador y discípulo de Cristo, está íntimamente vinculado a la evangelización de España. Y a la Santa Madre de Dios y Madre nuestra la siempre Virgen María: Es un nombre español y mariano de pura cepa. Pero, además, Santiago, el «Hijo del Trueno», fogoso y de ímpetu sobrehumanos, tiene también, en Trujillo, un templo enclavado, en noble y vieja «VILLA», de nuestro pueblo y un legendario arco dedicado a este discípulo de Cristo que da acceso a la población antigua.

Hoy, por obra y gracia de la Providencia de Dios, el convento de Santa María Monjas, en el que las religiosas pertenecientes a la preclara Orden de San Jerónimo, han habitado varios siglos, se ha convertido, como por divino encanto, en «CASA DE SANTIAGO», nueva y atractiva sede, santificadora de almas, en su ruta hacia lo eterno.

Esta «CASA DE SANTIAGO», fundada hace cinco años, en Barcelona, por el ilustre y piadoso capellán de la Universidad catalana, P. Alfredo Rubio, es un hogar bendito, para acoger, entre sus muros sagrados, a jóvenes universitarios, principalmente, con vocación sacerdotal. La casa de las veneradas religiosas jerónimas se ha transformado en lugar benéfico de unos espíritus selectos que habitan este complicado convento y en donde, todavía, parece sentir los pasos y se adivina la atractiva silueta de las santas monjitas, hoy trasladadas a una porción escogida del suntuoso Palacio ducal de San Carlos, en una esquina de la sin par Plaza Mayor trujillana y frente al bello templo parroquial de San Martín.

Y como las cosas de Dios: La «CASA DE SANTIAGO», cuenta ya con varias fundaciones, de esta índole, entre las que hemos de contar la nuestra, la de Trujillo, que hará, la quinta o la sexta, en España.

Lo cierto es que, los piadosos ocupantes del convento de las jerónimas, están encantados. Aquí compaginan su vivir, alternando los estudios civiles, de tipo profesional, con una solidez formativa de conoci-

mientos fundamentales que disponen el ánimo y el corazón, para las más altas tareas del espíritu sacerdotal católico.

Así estudian Latín y Griego, Historia de la Iglesia y de la Espiritualidad, que les abre las puertas para los cursos sistemáticos de Filosofía y de la más encumbrada ciencia: la divina Teología.

Estos hombres de Dios, buscando un sereno equilibrio entre la vida activa, de intenso apostolado, y la vida de soledad y silencio, en donde aprenden a conocer las verdades fundamentales de nuestra fe católica, romana y papal, lograron, un día, dicho para ellos y para nosotros, encontrar en Trujillo, este lugar soñado que les ofreciera la caridad evangélica de la Madre Cristina de la Cruz y de Arteaga, tan amada en nuestro pueblo, como embajadora del Rey celestial y de la Virgen bendita, rosa de misericordia y amor.

De este modo, Trujillo santiaguista, se ha visto honrado con la presencia de estos hombres ilustres, de vida ejemplar, que vienen a edificarnos con su cristiana sencillez, habitando el recoleto y abandonado convento, que hoy se ve en trance de restauración y servir de cobijo y maravilloso campo de cultivo de vocaciones adultas para escalar el grado superior del sacerdocio.

Ya, el pasado Mayo, mes de la Virgen, el día 25, fiesta memorable, en el antiguo coro de las religiosas Jerónimas, próximo a la capilla, en plena restauración, sobre un altar levantado, al humilde estilo de los primeros siglos de la Iglesia, el P. Rubio celebró el Santo Sacrificio de la Misa, en presencia de dos religiosas Jerónimas, la Madre Cristina y la actual Superiora del convento de Trujillo, de los jóvenes pertenecientes a la «CASA DE SANTIAGO», del P. José Manuel La Puerta, de la señorita Directora del «Hogar Francisco Pizarro», de los trabajadores que laboran en la reconstrucción de la capilla, del presbítero trujillano don Emilio Mateos y del que escribe estas líneas.

Fue un acto de regocijo espiritual, realizado con la preciosa homilía del oficiante, florecida de los más delicados recuerdos franciscanos, que nos encantó a todos los que participamos del Santo Sacrificio.

Y, según nos hizo notar el P. Rubio, por este lugar delicioso, del sagrado y venerable convento, desfilarán, de otras provincias, jóvenes en busca de horas de soledad y silencio reconfortante, en donde vaya creciendo ese divino ambiente sobrenatural tan profundo para el apostolado y la conquista de una vida sacerdotal, fecunda, florecida, rica de espiritualidad cristiana, arrolladora y edificante.

La Madre Cristina ostentaba la honrosa beca de la institución santiaguista, con el emblema del Apóstol de España; y a la otra religiosa, le fue impuesto este galardón jacobeo por el P. Rubio.

Digamos que el otro sacerdote, P. la Puerta, antiguo alumno de los PP. Jesuitas de Villafranca, amigo y compañero de numerosos estudiantes de nuestro pueblo, es también Rector de la «CASA DE SANTIAGO» de Madrid y alentador de vocaciones sacerdotales, guía y maestro de estos hombres de Dios y de la Virgen bendita, a la que aman con delirio.

Esperemos, por tanto, del feliz desarrollo de la «CASA DE SANTIAGO» de Trujillo, un nuevo foco de alta espiritualidad, religiosa y teológica, que guiando a esta juventud con ansias de apostolado y ardientes anhelos sacerdotales, sea también un ejemplo claro y atrayente para los vecinos de la vieja y noble «VILLA», en donde se conserva el maravilloso templo matriz de la piedad y de la fe trujillana: Santa María la Mayor, y tantos y tantos monumentos, en cuyas piedras labradas dejaron el sello de su espíritu inmortal nuestros gloriosos artesanos, y el sol, el oro de siglos.

EL CORPUS EN INDIAS

América Eucarística y Mariana

¡Maravillosa e incomparable la obra de España en América! España llevó al nuevo mundo el sol luciente de su fe religiosa; las armonías de nuestro idioma; las bellezas de nuestro arte; la justicia de nuestras leyes; el trabajo de nuestros artesanos; la labor de nuestros campesinos; las virtudes de nuestros santos; el sacrificio de nuestros misioneros; el heroísmo incomparable de nuestros soldados y navegantes inmortales. Ningún otro pueblo de la tierra puede sentir el orgullo de haber realizado una obra civilizadora como esta de España: La Historia Universal así lo atestigua.

Pero el don más rico y conmovedor ofrecido por nuestro pueblo al nuevo mundo, fue, sin duda, el inefable amor al Sacramento del Altar y al apasionante misterio de la Inmaculada, lindo capullo de los privilegios marianos. Toda la dinámica religiosa de la América española giraba en torno de estos dos grandes amores de la nación española: Jesús Sacramentado y la Virgen pura y bella como fórmula ortodoxa de un catolicismo integral a macha martillo al gran estilo español. Sin este poderoso preservativo, afirmaba un abnegado misionero que había recorrido extensos territorios hispano-americanos, se hubieran perdido ya legiones inmensas de almas para la Iglesia Católica y para Dios.

Ya lo decía el sevillano Zúñiga que el Corpus y la Inmaculada, eran como la niña de los ojos de la maravillosa ciudad del Betis. Pero lo cierto es, que ambas fiestas litúrgicas llegaron a ser, en España y América, los dos mayores acontecimientos religiosos y nacionales en la vida de sus pueblos y ciudades. Una y otra devoción calaron en el alma ingenua de los indios, llenando de un celestial aroma el resurgir de aquellas comunidades con el popular saludo a la española: Alabado sea el Santísimo Sacramento y la maravillosa lírica del Ave María Purísima, quedando la vida como impregnada de tan cautivador perfume eucarístico y mariano.

Así no era de extrañar que las manifestaciones religiosas encaminadas a exaltar las glorias del más divino Sacramento, singularmente en las solemnes procesiones del Corpus, fuese la expresión más viva de una ardorosa fe eucarística naciente, pero densa y profunda; de una piedad sin eclipses florecida de blancos lirios de pureza y de rosas bermejas de caridad.

El Corpus en Indias, desde sus primeros tiempos, fue la fiesta más popular y teológica; la más rica en ceremonias y pompas litúrgicas; la más bella en ornamentación y decoro de las calles del recorrido; la de mayor aglutinante entre indígenas y españoles, porque era la fiesta de la unidad y del amor; la explosión más cordial y atrayente de la caridad de Dios con los hombres y de los hombres entre sí.

A semejanza de las altas hogueras eucarísticas, San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, los conquistadores españoles adivinaron el signo invisible de unidad que atesora este Sacramento y el fuerte vínculo de caridad, a lo divino, que liga las almas, como los granos de trigo y los racimos de uva que forman la materia de la eucaristía. Así el célebre conquistador, Francisco Pizarro, con claro sentido político y teológico daba preferencia a la construcción de templos cristianos, en Cuzco y en Lima, porque del Santísimo Sacramento, decía este glorioso caudillo extremeño, habría de salir abundancia del corazón para atraer a la multitud de indígenas a la cristiandad.

Pizarro, tan devoto del Sacramento adorable y de la Virgen Inmaculada, fundó en Lima la archicofradía del Santísimo y ordenó, que, en Trujillo, se creara un hospital bajo la advocación de la Purísima.

De este modo, en la América española, el esplendor de las procesiones del Corpus, llegó a hombrearse con las de Toledo, Guadalupe, El Escorial, Madrid, Sevilla, Barcelona..., dechados de opulencia y devoción, en España y en el mundo católico.

¡Y qué bien aprendieron los indios la consigna eucarística de los Reyes Católicos al establecer en Granada la fiesta del Corpus Christi! «Gas-

tad, gastad como locos en honor del Señor». Así eran de rumbosos aquellos pueblos, recién levantados a la vida de la civilización cristiana, en honor del Dios Sacramentado. El límite de su generosidad llegaba hasta donde alcanzaban la plata y el oro que poseían.

Y es que, en América, como en España, la posesión del Corpus fue, desde sus comienzos, una espléndida manifestación de la realeza de Cristo: la fiesta del Cuerpo de Cristo, como diría Santa Teresa.

Las custodias florecieron en América como un milagro llenando de encantos las catedrales de Méjico y Cartagena, la de Lima y la Concepción, y Santiago, y cien y cien templos más.

Fue un maravilloso alarde de fe, de amor y de arte. Una explosión de riqueza multiplicada de oro y plata, de diamantes y rubíes y amatistas, de zafiros y esmeraldas, perlas y topacios. Todo, todo, para Jesús Sacramentado.

El recorrido que hacían las procesiones del Corpus se adornaba con plantas aromáticas y arcos triunfales, con lujosos altares, figurando al principio, a uno y otro lado, animales selváticos y enjaulados y hasta las más lindas aves, para que al pasar el Sacramento, rindieran tributo al Supremo Hacedor, con rugidos y trinos sonoros. Y a semejanza con la metrópoli tomaban parte los Municipios y los Gremios de Artesanos en el adorno de calles y plazas.

La alegoría y el símbolo, florecidos de misterios y realidades divinas, ganó para siempre el corazón de los indios que adoraban a tan Alto Sacramento, con rendida humildad y ciega confianza.

Recordemos que la primera procesión del Corpus que salió de Méjico, por el año 1526, la alegría y emoción embargó el ánimo de todos, porque al comienzo de tan gran fiesta, recibieron la fausta noticia de que Hernán Cortés, había salido salvo de una empresa arriesgadísima.

Los conquistadores desfilaban con sus armas y arreos militares ante la Sagrada Custodia. Y bien conocido es el ímpetu de Cortés, cuando tendió su capa en el suelo, para que sobre ella pasara el sacerdote que portaba el Sacramento. Y también es de gran relieve aquella otra arrogante expresión de amor a la Eucaristía del famoso virrey de Chile, Mendoza, que ante el asombro de los indómitos araucanos, se tiende boca abajo, con sus ricos arreos, para que sobre él pasara el Divino Redentor.

Tal influjo tenía la devoción eucarística y mariana en América, que un gobernador de Costa Rica, en 1571, señaló solares en la plaza pública, próximos a la Iglesia, dedicando uno a la Cofradía del Santísimo y otro a templo para la Inmaculada.

Hasta el piadoso duque de Alburquerque, con la virreina y su hija,

se ufanaban del cuidado y limpieza del presbiterio en honor de Jesús Sacramentado.

Interminables serían las citas de esta índole que podíamos comentar. Cierto que todavía pervivía en las naciones americanas el amor entrañable a la Eucaristía que nuestros misioneros y conquistadores sembraron en las lamas infantiles de los indígenas. Y aquellas primeras brasas habrían luego de asombrar al mundo con el resplandor de los grandes congresos Eucarísticos Internacionales Hispano-Americanos.

Tan consustanciada estaba la fiesta del Corpus con la vida de Hispanoamérica, que en la paz de Amiens, cuando España hubo de ceder la isla de la Trinidad a Inglaterra, el Gobierno español impuso la condición de que en lo sucesivo se había de respetar la fiesta del Corpus, con su brillantez tradicional.

Terminamos recordando la bella estrofa del himno del Congreso Eucarístico de Buenos Aires, resumen de la obra eucarística de España en América: Pasearon el Corpus por nuestros solares — los hombres que luego ofundaban ciudades — abrían los surcos — para los trigales — espigas dan hostias y leños altares.

MARCEIÑO GONZALEZ-HABA



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Queipo de Llano, 23. Navalmoral de la Mata. (Cáceres) a Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA»



Voces y expresiones viciosas

ABREVAR.

AE aquí un verbo que los poetas líricos, en su afán de dignificar las cosas con un toquecito del talismán maravilloso que Apolo, hermano mayor de las nueve Musas, o más concretamente, Lino, a quien se atribuye el invento de los versos líricos, puso en sus manos, han transferido del lenguaje empleado respecto de ciertos animales al de la poesía o bien, incluso, al de la prosa, pues no es insólito, ni mucho menos, verle asimismo usado en ésta.

Abreviar, del bajo latín *abeuviare* y éste del latín *ad, a* y *bibére*, beber, significa «dar de beber al ganado» y «remojar las pieles para adobarlas». Tal verbo transitivo no admite en castellano la forma reflexiva, por consiguiente, las frases que después transcribiremos y en las que se adopta dicha forma, son, a todas luces, incorrectas.

Procede esta anomalía gramatical, como ya observó don Julio Casares, con su acostumbrada sagacidad léxica y respecto de *Azorín*, en *Crítica profana* (Madrid, 1916), del hecho de su uso correcto por los franceses, *s'abreuver*. Pero como en nuestro idioma, según ya hemos advertido, este verbo no debe emplearse en forma reflexiva, es improcedente su utilización como tal.

Luego se comete una impropiedad al decir:

«Como perros, como los cerdos... ocho o diez cabezas meten bellos y nariz en la leche y tragan como energúmenos, *abrevándose* y empinándose...» Bartolomé Soler: *Los muertos no se cuentan* (Barcelona, 1960), págs. 482 y 483.

«Dejadme, pues,irme por los campos, subir a las montañas... *abrevarme* como las aves del cielo en las aguas... de los torrentes...» Emilio Castelar: *Fra Filippo Lippi* (Barcelona, 1879), t.º I, pág. 45.

«...y bebían en la copa donde se abrevan la totalidad de los seres la bebida fortificante del amor divino...». *Ibidem*, pág. 205.

Menos grave, si bien no se trata del ganado, sino de las abejas, será escribir:

«La mañana se acoge a la caricia —del rocío que abreva las abe-